

# BIBLIOGRAFIA

---

Universitas Catholica Lovaniensis.—*Dissertationes ad gradum magistri in Facultate Theologica.* — Series II, tomus 16.—*La Réaction Weslénienne dans l'Evolution protestante.* — Etude d'Histoire Religieuse par MAXIMIN PIETTE, docteur en Theologie. Bruxelles, La Lecture au Foyer, 34, rue de Stassart, 1925.—24 × 13 centímetros y XV + 687 páginas y 16 de grabados. Precio, 25 francos en rústica.

Ni en número de adherentes, ni en empuje misionero, ni en la pasmosa liberalidad en dar y gastar por millones de dólares cada año, hay secta protestante que pueda ponerse al lado de los metodistas; sus Obispos lo mismo se encuentran en el Japón que entre los soviets de Moscú; sus pastores inundan la India, África y China, y en la América española ellos solos son más temibles que todas las demás *iglesias* juntas. Así como también es cierto que en ninguna otra el dogma, la creencia en las verdades reveladas, sufre más rudo quebranto; y me refiero, naturalmente, no al dogma católico, sino a las verdades que forman la base de cualquier forma de cristianismo.

El doctor Piette tomó por tema de su tesis doctoral estudiar el nacimiento de la poderosa secta; y lo tomó con calma, hasta agotar la materia; no es trabajo de los que se preparan en unos meses, terminados los exámenes: es de años enteros, no sólo por su extensión, enorme para una tesis, sino por lo variado y copioso, y en buena parte desconocido de las fuentes, y lo inacabable de la bibliografía.

Preparan el terreno las primeras trescientas páginas sobre las variaciones jerárquicas y orgánicas, desde Lutero, Zuinglio, los anabaptistas (así los orates comunistas de Munster como los pacíficos de Holanda e Inglaterra), Calvino, etc., mezclados los hechos históricos con las tendencias doctrinales de los corifeos y su aceptación en el pueblo. Del continente nos lleva el autor a las islas británicas, y nos hace ver aquellos cambios de religión en el dogma y en la liturgia que se iban y venían con Enrique VIII, Eduardo VI, María Tudor, Isabel y los Estuardos; el episcopado, de nivel moral e intelectual parecido a la jerarquía de Bizancio; las tendencias cuáqueras, que tiraban primero a los Obispos para acabar con los reyes pontifices

(*no bishops, no King*, como les contestó Jacobo I); la baja en las costumbres y la crecida en la ignorancia por la escasez e indignidad del Clero, sobre lo cual trae datos y testimonios curiosísimos y muy dignos de tenerse en cuenta por los eternos ponderadores de la ignorancia inquisitorial española en los siglos XVI y XVII. No mejoró la situación con el ensalzamiento oficial del calvinismo, entronizado por la dinastía de Orange, y al final del siglo XVII y comenzar el XVIII, según testimonio de Wesley, muchísimos ni idea tenían de religión, y en costumbres quedaban por bajo de los turcos y paganos.

Entonces apareció la figura del gran reformador Juan Wesley, «a shadow of a catholic saint», como lo califica Newman; son primorosos los pormenores que de su familia y educación refiere el doctor Piette; su padre, ministro tornadizo, celoso; su madre Susana, mujer de excepcional carácter, piadosa y recia en sus convicciones religiosas, inculcadas a sus hijos con arte y constancia; verdaderamente su persona y su método de enseñar y educar pudiera ser espejo de madres y pedagogos; con razón la llaman fundadora del metodismo, y las famosas *Ligas Epworth*, que tanto procuran fomentar los protestantes en la América española, pudieran ser centros de moralidad si conservaran, que no conservan, algo del espíritu inspirado por la madre de Wesley en la casa curato de Epworth.

Asqueado Juan W. por la indiferencia religiosa del clero y pueblo inglés, sintióse llamado a reformarlo: no con fundar nueva Iglesia, pues siempre alardeó de mantenerse fiel a la nacional, sino infundiéndole nuevo espíritu; para lo cual trabajó con la palabra y la pluma incansablemente. Sin contar su viaje a la América del Norte *para aprender de las sencillas almas de los pieles rojas el verdadero sentido de la Biblia* (!) anduvo en Inglaterra 225.000 millas, predicó unos 40.000 sermones y publicó innumerables tomos de enseñanza más que de controversia; luchando con la Iglesia oficial y con el ambiente hostil del pueblo, fué instalando por donde pasaba Centros de oración y de beneficencia, que se crecieron rápidamente; él por sí y por sus amigos los dirigía, hasta que en sus últimos años se decidió a ordenar presbíteros, sin ser Obispo, persuadido de que en la primitiva Iglesia los Obispos y sacerdotes eran de iguales Ordenes y poder. Poco a poco esas Comunidades se desligaron de la Iglesia anglicana y se organizaron autónomas... para subdividirse en cien otras iglesias fragmentarias.

Porque el credo metodista es muy singular, y lo era en tiempo del fundador. La base consistía en la *experiencia interna de la conversión*, en sentirse perdonado por Dios y unido espiritualmente con Cristo; los dogmas, jamás pudieron concretarlos, ni pudieron votarse las tres o cuatros verdades que se proponían; lo esencial no es *creer*, es *sentir*. De ahí la variedad de credos; de ahí los protestantes liberales, y en nuestros días el modernismo que se ceba en la parte más intelectual de los metodistas, sin excluir a los obispos. De ahí que la propaganda protestante se haya convertido en propaganda sanitaria, de educación, de beneficencia, con el mínimo posible de religión. De tan lamentables frutos es raíz la *experiencia* proclamada por Wesley.

En la tesis tan magníficamente documentada del doctor lovanense notamos una laguna; ni una palabra sobre las relaciones de Wesley con el catolicismo. ¿Es que en buena fe, llegaba hasta dar por no existente la Iglesia Romana? Porque ese punto nos parece de suma importancia para ponderar la solidez de sus virtudes, o, por lo menos, de su ciencia teológica.

C. BAYLE.

*Elementa philosophiae Aristotelico - Thomistae, auctore JOSEPHO GREDT, O. S. B., in collegio S. Anselmi de Urbe philosophiae professore. Volumen I.—Logica-Philosophia naturalis.* 503 páginas en 8.<sup>o</sup> Editio 4.<sup>a</sup>—*Volumen II.—Metaphysica-Ethica.* 466 páginas en 8.<sup>o</sup> Friburgo. P. Herder.

Conocido es el P. Gredt en el mundo científico, y aunque sus elementos de filosofía y sus estudios sobre la objetividad del conocimiento sensible no le hubieran acreditado de pensador profundo y dialéctico vigoroso, la sola obra que hoy comentamos bastaría, por sí sola, para colocarle muy entre la aristocracia espiritual de la escuela tomista.

A poco que se hojee la obra se descubre muy pronto en ella al hombre de cátedra, al profesor eminentíssimo. El estilo conciso, jugoso y claro; la precisión de los términos, lo concreto y maravillosamente determinado del estado de la cuestión, el avance reposado y sereno de la argumentación, los juicios sintéticos y visiones de conjunto, todo, en fin, prueba a las claras que es esta obra fruto de largos años de enseñanza y de muy detenido estudio.

Comienza por una exposición, tal vez demasiado detallada, de la lógica, haciendo pasar ante nuestros ojos, en larga y un tanto anacrónica procesión, todo el viejo mundo de los términos silogísticos, de los universales, de los predicables, predicamentos, con todo el cortejo de prenotandos y escolios, para internarse en seguida en detenidas especulaciones sobre el ente móvil en general y en particular, continuando infatigable con la misma precisión de términos y profundidad de pensamiento por la metafísica general y especial, y por el ente in-creado; cerrando todo con la exposición de la ética.

No es de maravillar que en tan largo camino parezca cansarse a ratos: descuidos encontramos, aunque algunos de ellos tal vez dependan más de la materia que del autor.

Un poco nos extraña que, al tratar de la distinción real entre la esencia y existencia, no aparezcan apenas adversarios y éstos de los perdidos entre el polvo de los pergaminos; un Henricus Gandavensis, un Godofredus de Fontibus y otro par de autores a mucho tirar; se nos dice en cambio (pág. 102), que la defendieron no sólo Santo Tomás, acompañando la afirmación con un profundo estudio, sino San Agustín, el Pseudo-Areopagita, Boetio y hasta Aristóteles y aun los filósofos árabes Alfarabi y un largo catálogo de los nombres más celebrados hasta nuestros días. Raro es y muy de sentir este olvido, que se nos imagina un tanto despectivo.

Por cierto, que la autoridad que nos alega de Aristóteles para alisarle bajo su bandera, no es de las que convencen, aunque nos la traiga en el texto original griego. Dice Aristóteles, y lo diríamos todos con él «que» *aliud est το δε τι εστιν ανθρωπος και το ειναι ανθρωπον αλλω*, o sea que una cosa es en qué consiste el ser hombre y otra el serlo. ¿Cómo se podrá deducir de aquí que ya Aristóteles asentía a la distinción real entre la esencia y existencia física? Ciertamente que no lo vemos, ni creemos que lo vean muchos.

Detenido y profundo es el estudio de la teodicea; serio y reposado el del concurso divino; digna de atención la defensa decidida de la premoción física y los empeños para sacar a flote a la pobre libertad, tan mal parada. Después de largas argumentaciones, que en gran parte de sus premisas, más o menos fácilmente, se las concedemos; cuando llegamos a la cumbre y en el punto crítico esperamos la nueva y completa solución, nos hallamos con que se nos encierra en aquello de que «*Deus est causa universalis... cuius est producere tum*

actum tum modus ejus» (pág. 260), solución mil veces repetida y otras mil resuelta y explicada por los adversarios.

Un reparo algo más fundamental pondríamos a esta obra, preciosa por tantos otros conceptos, y es la falta de ambiente actual. Es indudable que en nuestra vida mental debemos ser hombres de nuestro siglo; bien está que pidamos el vigor del raciocinio y las verdades fundamentales, iguales siempre en todos los siglos, a los que tan maravillosamente supieron precisarlas y exponerlas en modo tan científico y acabado; pero no es menos cierto que el vino viejo debemos servirlo en copas nuevas, y que no hay para qué resucitar enemigos y aprestar grandes armamentos y organizar formidables defensas de prenotandos y advertencias y evasiones posibles, cuando entramos en campo desierto, sin un solo adversario real. Véanse, por ejemplo, la mayor parte de las tesis de Cosmología y Psicología; pues a pesar de los autores que en el encabezamiento de los capítulos se citan, el desarrollo es no poco anacrónico y podría creerse escrito en uno de aquellos pergaminos en folio que duermen en nuestras bibliotecas el sueño de pasadas glorias. ¡Lástima grande que mientras tanto, el positivismo moderno, el racionalismo sistemático y tantos otros enemigos socavadores de los fundamentos más íntimos de toda vida social y religiosa, vayan entrando a rienda suelta por los campos de la ciencia y el derecho!

Esta advertencia, envolviendo algún reparo a la obra, es más bien un deseo de que pluma tan bien cortada y entendimiento tan disciplinado como el del sabio P. Gredt, continúe en su fecunda labor y se oriente hacia las corrientes modernas, donde le esperan grandes triunfos a él y a la causa de la verdad.

Por lo que toca a la parte material de la obra que nos ocupa, diremos, para terminar, que si a sus dotes internas se añade la elegancia de la edición, el magnífico papel, la riqueza de tipos y su variadísima disposición, y muy particularmente los índices tan completos, tanto por orden de materias como alfabéticos que la avaloran, no será de extrañar que la recomendemos como una de las principales para la enseñanza de la filosofía tomista.

J. PEREDA, S. J.

ARENS, BERNARD, S. J., *Handbuch der katholischen Missionen* (Manual de las Misiones católicas), 1925, Freiburg im Breisgau. XIX y 510 páginas; 225 × 146 mm.

Esta magnífica obra, cuya primera edición apareció en 1920, y de la que dimos cuenta en el número 2 de ESTUDIOS ECLESIÁSTICOS (15 abril, 1922), se publicó el año pasado en segunda edición corregida y notablemente aumentada. Baste decir que el aumento ha sido de 418 a 510 páginas.

De esta misma segunda edición hemos recibido una traducción francesa publicada por el Museum Lessianum de Lovaina. Esto ya es una recomendación de la obra por la autoridad de que este Museo goza en sus publicaciones misionales.

Realmente, ella es una muestra acabada de solidez y manera de trabajar concienzuda, que tanto resplandece en muchos autores alemanes. Tiene 101 cuadros estadísticos, que nada dejan que desear al amante de las Misiones. En ellos se ve claramente los grandes progresos que ellas han hecho desde 1918, época de que son las estadísticas de la primera edición hasta 1923, en que se han hecho las de la segunda.

Así, por ejemplo, en 1918, los sacerdotes misioneros que trabajaban en las Misiones de infieles de Asia eran 6.994, y de éstos eran seculares indígenas 3.477. En 1923, esos sacerdotes misioneros eran 7.841; de ellos indígenas 3.873. Lo cual da un aumento anual de 170 sacerdotes misioneros; de ellos 80 del clero secular indígena.

Casi igual es el aumento de sacerdotes misioneros en Africa, habiendo subido de 1.956, en 1918, a 2.769, en 1923; lo que da un aumento anual de 163. En cambio, el aumento de sacerdotes seculares no es más que de 88 a 145; lo que representa sólo un aumento anual de poco más de 11. Esta cifra, aunque pequeña en absoluto, no lo es dado el bajo nivel de Africa, y seguramente que ese aumento, relativamente despreciable, ha de ser mucho mayor en los años sucesivos, sobre todo en el Africa Central.

En efecto, los alumnos de los Seminarios menores han subido en Africa, principalmente en la parte Central, de 384, en 1918, a 1.300 en 1923; y aun los de los Seminarios mayores, en el mismo tiempo, de 134 a 235. Los demás Seminarios, aunque también han crecido mucho en este tiempo, pero relativamente menos que en Africa.

Los que se han multiplicado extraordinariamente son los maes-

etros y catequistas. En Asia, en 1913, eran 13.726. En 1918, llegaron a 21.141. Y en 1923, subían a 35.556. En el mismo tiempo, en África subieron de 7.116 a 12.606 y a 26.311. Este crecimiento tan rápido hace creer al P. Arens que en las estadísticas se han contado muchos sujetos dos veces: una como maestros y otra como catequistas. Porque en realidad, la mayor parte de los catequistas son también maestros.

Una de las estadísticas más preciosas y razonadas es la de los sujetos de diferentes Ordenes, Congregaciones, Seminarios, etc., que toman parte en las Misiones. La Orden que cuenta con más misioneros entre infieles es la Compañía de Jesús. Tenía, el año 1923, 2.111 misioneros; de ellos 1.357 sacerdotes. Venían después los Franciscanos, con 1.586, y entre ellos 1.178 sacerdotes. El tercer lugar lo ocupaba el Seminario de Misiones Extranjeras de París, con 1.115 misioneros, todos sacerdotes. El cuarto lugar lo ocupaban los Capuchinos, que tenían 665 misioneros, de los cuales eran sacerdotes 480.

Lo que no nos parece bien es la presentación gráfica de la página 248. Allá se ponen para los católicos 300 millones de fieles. Nos parece un número muy atrasado, siendo así que a los protestantes se asignan 230 millones, lo que nos parece demasiado. En todo caso, creemos que los católicos somos, por lo menos, 330 millones. Tampoco nos parece bien poner a los «Budistas y otras Religiones del Oriente de Asia», 490 millones. Los Budistas, propiamente dichos, no llegan, ni con mucho, a los 300 millones. ¿Por qué agregarles un número tan crecido de millones a costa de otras religiones muy distintas del Budismo?

También nos había ocurrido oponer algunos reparillos a las hermosas estadísticas de las Revistas de Misiones, que trae el P. Arens; pero, al fin, nos han parecido tan bellas, que preferimos omitirlas. De los alegatos del autor aparece que Francia e Italia son las naciones que tienen más revistas de Misiones: 52 cada una. Les siguen los Estados Unidos, con 46; Bélgica, con 45; Alemania, con 40; España, con 33, y Holanda, con 31. Las que más han crecido en número de Revistas, de 1919 a 1924, son Italia y España; el crecimiento de cada una ha sido de 24. El número total de Revistas católicas de Misiones era en 1924 de 411, con un crecimiento de 126 en los cinco últimos años.

En general, en los innumerables datos y estadísticas que trae el

autor, se ve tanta exactitud, que no dudamos en recomendar con el mayor entusiasmo tan benemérita obra a todos los amantes de las Misiones, que son ya en nuestra Patria numerosísimos.

H. GIL.

*Sancti Thomae Aquinatis, Doctoris Angelici, Ordinis Praedicatorum, in Metaphysicam Aristotelis Commentaria.* Cura et studio P. FR. M. R. CATHALA, ORD. PRAED., Sum. Theol. Lectoris Prof. Phil. in Instituto Catholico Tolosano, cum tabula analytica P. FR. CHRYS. EGAN, O. P., Theol. Lect. Altera editio attente recognita. Taurini (Italia). Ex officina Libraria Marietti, anno 1820 condita, nunc Marii E. Marietti Sanctae Sedis Apostolicae, S. RR. Congregationis et Archiepiscopi Taurinensis Typographi MCMXXVI. En 4.<sup>o</sup> de 211 × 147 mm. y XII - 798 páginas. Precio, Lib. Italian., 30.

Publícase de nuevo esta importante obra de Santo Tomás, de la que los amantes del Santo sentían gran necesidad. No puede llamarse edición crítica, sino más bien ecléctica, porque se ha formado de varias ediciones, más o menos deficientes, examinadas con esmero por el R. P. Cathala. Tómase siempre la lección, cuando se ofrecen varias diferentes, de la edición más clara y completa; y si a veces en alguna de las ediciones aparecen los textos oscuros y difíciles, se los recoge de otras, en la que aquéllos se encuentran mejor explicados por tener expresamente palabras, locuciones y aun líneas enteras que se habían omitido. El texto de Aristóteles que se inserta es el traducido, a petición del Angélico, por Guillermo de Moerbeka, O. P., Arzobispo de Corinto. Después del texto aristotélico, y al comenzar las lecciones, se pone una sinopsis, en que se recogen todas las subdivisiones hechas por el Santo, y se dispone de tal suerte, que con una mirada se abarcan las partes correspondientes de una subdivisión y los otros miembros que subdividen una parte. Corónase la obra con un índice analítico de las principales enunciaciones que pertenecen a un vocablo filosófico cualquiera o a los filósofos antiguos. Lo ejecutó, en parte, el P. Bartolomé Spina, O. P. (1588), y lo completó el Padre dominico Crisóstomo Egan. De la excelencia de esta obra, que dejó incompleta el Angélico, que sólo comentó 12 libros de los 14 del Filósofo, no es necesario hablar; todos los sabios la reconocen y

ponderan con encarecidas frases; indicaremos tan sólo que ofrece un firme e inconcuso fundamento a toda la filosofía, y que por carecer de él pulularon los funestos errores que el Papa Pío X anatematizó con el calificativo de modernismo. Mil plácemes merece el P. Cathala por el empeño que ha puesto en que los Comentarios saliesen correctos y lo más fieles posible al texto original y primitivo. El Cardenal Lorenzelli, en carta que encabeza el libro, elogia al impresor por haberse decidido a estampar obra tan valiosa y útil. Las condiciones tipográficas de ésta son muy recomendables: papel bueno, caracteres nítidos, impresión limpia, texto de buen efecto, a dos columnas, y el volumen, por su tamaño, muy manejable.

A. PÉREZ GOYENA.

